

RUIDO DE SABLES Y CORANES

[Nuria Tesón](#)

El líder de los Hermanos Musulmanes, Mohamed Mursi, se convierte en el primer presidente civil de Egipto, con sus poderes menguados y supeditados a la Junta Militar que tomó el poder tras la caída de Mubarak.



AFP/Getty Images

Lo decían ellos, (y lo celebraban en Tahrir), lo decían los sondeos, y las asociaciones independientes que habían supervisado los comicios, pero no lo decían los militares: los Hermanos Musulmanes habían ganado la presidencia de Egipto al último primer ministro de Mubarak, Ahmed Shafik. Pero hubo que esperar aún tres días, 72 horas, 4.320 larguísimos minutos, el tiempo que se retrasó el anuncio oficial, para conocer los resultados de las primeras elecciones presidenciales del Egipto democrático. El domingo 24 de junio Mohamed Mursi, el rostro que la cofradía islamista había presentado a los comicios, se convertía en el cuarto presidente de Egipto y el primer civil, tras un trío de generales, en subirse al *trono* del Palacio de Heliópolis. Y los egipcios, polarizados por completo entre el anhelo de estabilidad que soñaban en el general Shafik, y el cambio que deseaban con Mursi (pero divididos también por

sus temores a la islamización del país), hacían una nueva muesca en el bastón de los días históricos.

Por lo que sabemos, esas tres jornadas de espera y todos los días que mediaron entre el fin de la segunda vuelta de las elecciones y el anuncio de la decisión final, los pasaron los líderes de los Hermanos Musulmanes manteniendo encuentros y reuniones con la cúpula militar que gobierna el país desde la caída de Mubarak el 11 de febrero de 2011. Dos fuerzas en una balanza que en los últimos meses han mantenido una dura pugna. Coranes frente a sables, islamistas frente a generales. Los mismos militares que sólo una hora después de cerrar las urnas el 17 de junio, se sacaban de la guerrera un anexo a la declaración constitucional aprobada en referéndum el 19 de marzo de 2011 (ya modificada apenas diez días después), y que, a falta de Constitución, es la Norma que rige el país.

Ese añadido, que muchos han considerado un “leve golpe de Estado”, supone para el presidente electo una merma en sus capacidades de decisión y sus funciones, aunque esté por determinar hasta qué punto. La Junta militar se arroga con dicho *addendum* el control sobre su presupuesto y el nombramiento del ministerio de Defensa. El presidente tampoco podrá declarar la guerra sin la aprobación de los generales. Además, éstos serán los responsables de supervisar la redacción de la nueva Carta Magna y podrán disolver la asamblea constituyente y nombrar una nueva si lo consideran necesario. Mientras, detentarán el poder legislativo hasta la elección de un nuevo Parlamento que será votado un mes después de la aprobación en referendo del texto Fundamental. Esto es así, porque la Cámara Baja, elegida democráticamente el pasado mes de enero y dominada en tres cuartas partes por islamistas, fue disuelta por el Tribunal Supremo Constitucional, a cuya cabeza se encuentra un juez nombrado por Mubarak, dos días antes de iniciarse la vuelta definitiva de las elecciones presidenciales, el 14 de junio. Dicho alto tribunal, decidió que la ley que había regido los comicios era inconstitucional, por lo que quedaba invalidado un tercio de los escaños. Para redondear el *golpe*, los generales recortaron los derechos de los egipcios al mismo tiempo que los del presidente, al reinstaurar un tipo de ley marcial que les permite detener ciudadanos sin ninguna garantía judicial.

Con este panorama, Mohamed Mursi, que ya ha dimitido de su cargo como presidente del brazo político de los Hermanos Musulmanes, el partido Libertad y Justicia, y de su asociación con la propia hermandad islamista, llega a la jefatura de la República como antagonista de la Junta Militar, aunque sin que quede claro hasta donde podrá o querrá presionar a los generales que *a priori* se han encargado de debilitarle en el cargo. De su lado tiene la legitimidad de las urnas, el apoyo de la cofradía y de los salafistas (islamistas ultraconservadores), además del respaldo de una parte de los revolucionarios (otra gran parte optó por el boicot electoral ante su

desconfianza en el proceso o su desacuerdo con los candidatos). Tal vez por eso el primer discurso del presidente electo ha estado encaminado a tranquilizar a aquellos que sienten el vello erizárseles cuando piensan en un Egipto gobernado por los Hermano Musulmanes. Mursi se ha comprometido a respetar todos los tratados internacionales firmados en el pasado, una alusión directa a los Acuerdos de Camp David con Israel, que tanto preocupan a la comunidad internacional y en especial a Washington. Y dentro de casa, también se ha apresurado a tranquilizar a las minorías asegurando que gobernará para todos los egipcios. Algo que no parecen tomar en consideración los cristianos que están intentando dejar el país y que cada día abarrotan los consulados de las legaciones diplomáticas europeas y estadounidense, porque, en estos 17 meses, la postura de los hermanos ha sido tan voluble que, a pesar de los gestos de buena voluntad y los guiños a la sociedad laica egipcia, Mursi aún está muy lejos de haberse ganado la confianza de la mayoría de los ciudadanos, muchos de los cuales le votaron para evitar que un *felul*, un remanente del antiguo régimen como Shafik, se alzara con el poder.

Al otro lado de la balanza, el miedo de muchos a la conversión de Egipto en un Estado islamista con una estricta aplicación de *sharia* (ley islámica), ha dado ventaja a los militares. Estos lo han usado, como ya hiciera el régimen del que han sido sostén los últimos 60 años, para mostrarse como garantes de la laicidad egipcia y aferrarse al poder. Pero el temor de la vuelta de la violencia a las calles o a la presión de Estados Unidos (que manifestó sus quejas ante el retraso del proceso y que de algún modo ha presionado para que los militares y los islamistas lleguen a un entendimiento y devuelvan la estabilidad económica y política al país), propiciaron que esta vez la Junta no fuera tan lejos para mantener sus privilegios como para nombrar a Shafik presidente. Lo que no significa que no tengan intención de seguir jugando sus cartas, y todos los ases que aún conservan, para mantener los privilegios económicos y el Estado dentro del Estado que han levantado en las últimas seis décadas.

La asignatura pendiente de la sociedad laica egipcia será la de cohesionar un frente común con el que Mursi pueda formar un Gobierno que dé cabida a todas las tendencias (la del presidente electo será precisamente garantizar esa pluralidad), y que pueda ser una fuerza clara ante la presión de los generales en su intento por atrincherarse en el poder, que oficialmente deberían traspasar a una autoridad civil el próximo sábado 30 de junio. Aunque a la vista de las prebendas que se han atribuido en las últimas semanas, el hecho de que hicieran una entrega nominal del bastón de mando no implicaría su vuelta a los barracones, y la balanza del poder seguiría oscilando en Egipto.

Artículos relacionados

- [Entrevista: Democracia bajo contro.](#) **Antonio Navarro**
- [Hermanos Musulmanes en el 'Egipto democrático'.](#) **Nuria Tesón**
- [Partidos islamistas en el nuevo mundo árabe.](#) **Haizam Amirah Fernández y Silvia Moreno**

Fecha de creación

26 junio, 2012